

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL EN ESPAÑA ANTES DE 1968¹

Sergio Rodríguez Tejada
Universidad de Valencia

Introducción

El grado de afinidad entre las movilizaciones universitarias antifranquistas y las protestas estudiantiles que tuvieron lugar en otros muchos países en torno a 1968 ha sido objeto de un largo debate.² La mayor parte de autores que abordaron la cuestión de manera específica – desde el estudio comparado de los movimientos sociales– resaltaron en un principio más las diferencias que las semejanzas, postulando que la existencia de la dictadura había sido un factor clave en la definición del activismo del periodo en los estrictos términos de la política convencional. Según esto, en un ambiente esencialmente represivo, la reivindicación de derechos civiles y políticos, así como la participación en organizaciones ilegales de oposición, le habrían venido impuestas a los estudiantes –y a todos los colectivos implicados de una manera u otra en el antifranquismo– como una pura adaptación a las especiales circunstancias españolas. El activismo sesentayochista, por el contrario, era caracterizado tomando como referencia el rechazo de la política tradicional en su conjunto –incluyendo una recusación específica de los partidos de izquierda– presente en el Mayo francés, en la contracultura estadounidense, así como en otros movimientos alternativos a ambos lados del Atlántico. Así pues, de acuerdo con esta visión, aunque los jóvenes activistas españoles se habían adelantado varios años en sus protestas

a sus compañeros de otros países, en realidad llegaban tarde, puesto que estaban tratando de conseguir un modelo social y político que en buena parte del extranjero constituía el objetivo a superar. Ambas movilizaciones se habrían superpuesto parcialmente en el tiempo, e incluso cabría conceder la existencia de influencias puntuales del entorno internacional en la estética y el lenguaje de la juventud contestataria en España, pero no sería posible deducir de ello que compartiesen una naturaleza común.³

En los últimos años, sin embargo, dos factores han contribuido a difuminar progresivamente esa contraposición. Por un lado, se ha producido una renovación profunda en los estudios recientes sobre el caso español, que han incorporado nuevos instrumentos conceptuales (conflicto intergeneracional, redes de amistad, movilización de recursos, identidades políticas, subculturas juveniles, relaciones de género, vida cotidiana) y nuevos recursos metodológicos de carácter interdisciplinar, lo que ha permitido combinar datos procedentes de una gran variedad de fuentes, especialmente de tipo etnográfico (testimonios, fotografías, grabaciones y materiales aportados por los propios participantes) y documental (información reservada procedente de las organizaciones anti- y pro- franquistas, así como de las instituciones de la dictadura, incluyendo la policía política, los servicios de inteligencia y el propio gabinete ministerial). Como resultado, la dimensión propiamente

contracultural y experimental del movimiento estudiantil español, su capacidad para generar lo que el Partido Comunista denominó «zonas de libertad» vivenciales en medio de una sociedad lastrada por el miedo, la desigualdad y la falta de libertades, ha sido destacada como una aportación esencial al antifranquismo y, por tanto, a la recuperación de la democracia en España.⁴ Por otro lado, la representación disponible del ciclo de protesta de los años sesenta también ha cambiado notablemente. En primer lugar, se han ido incluyendo otras realidades antes no tomadas en consideración, particularmente las experiencias de movilización juvenil en situaciones institucionales poco o nada democráticas, incluyendo dictaduras de diverso signo, en Europa meridional⁵ y centro-oriental,⁶ América Latina,⁷ África⁸ y Asia.⁹ En segundo lugar, se han (re)descubierto facetas antes pasadas por alto en los modelos de referencia, como como el significado propiamente subversivo de 1968 para el orden bipolar de la «coexistencia pacífica»;¹⁰ y la presencia, cuando no protagonismo, del activismo político expreso, especialmente aquel que se consideraba a sí mismo «revolucionario» y que, como también ocurrió en España, derivó en determinados casos al extremismo violento.¹¹ Como resultado, el movimiento estudiantil español es visto cada vez más como una variante específica de una realidad amplia y diversa, que no puede ser reducida, en cualquier caso, a las imágenes estereotipadas del Barrio Latino o de Woodstock. En definitiva, frente a la hipótesis de la excepcionalidad expuesta más arriba, se plantea una hipótesis alternativa, la de la normalidad del caso español que, como todas las demás protestas juveniles de la época, presentaba especificidades propias junto con semejanzas tanto o más relevantes en el contexto general de 1968.

Ahora bien, no hace falta asumir que el caso español fue excepcional para reconocer que la presencia de la dictadura del general Francisco Franco constituye un factor fundamental en la configuración de las movilizaciones estudianti-

les del periodo. Por tanto, es necesario tener en cuenta su trayectoria completa, tanto para llevar a cabo una comparación informada con sus equivalentes en otros países, como para analizar los vínculos –personales, materiales y simbólicos– que los activistas del interior habían forjado previamente con sus referentes de otras nacionalidades. Con ese propósito, después de repasar las condiciones en que surgió ese movimiento estudiantil, se revisará aquí su evolución sin perder de vista sus diferencias internas, generadas por factores territoriales, políticos y de género. Al mismo tiempo, se mostrará la relación entre este proceso y la atención que sus participantes prestaron a lo que sucedía en otros países, así como la imagen que de ellos se tenía en el exterior. Finalmente, se planteará en qué coyuntura se encontraba el movimiento estudiantil al filo de 1968 y cómo todo ello modeló su receptividad a los nuevos estímulos que llegaron del exterior.

Los estudiantes y la dictadura

Las universidades españolas ya habían sido un foco importante de disenso mucho antes de que Franco se hiciese con el poder. La presencia de los militares en el gobierno español –sea como «espadones», sea como dictadores– había sido contestada desde las universidades, como ocurrió en las protestas contra Ramón Narváez que concluyeron en la represión de la «Noche de San Daniel» en 1865, y con la oposición de la Federación Universitaria Escolar (FUE) a la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930). Aunque los estudiantes por sí solos no fueron la única causa, generaron un desgaste suficiente como para contribuir a su salida del poder. Protegidos por un estatus familiar aventajado y dotados con la identidad, los medios y las competencias asociadas a los estudios superiores, los universitarios constituían un colectivo difícil de lidiar mediante el recurso convencional a las fuerzas de orden público. Pero su disenso abierto no representaba un problema únicamen-

te para gobiernos autoritarios, como pudo verse con el advenimiento de la democracia. La experiencia de los años veinte inspiró un movimiento de signo contrario durante la II República (1931-1939), cuando organizaciones estudiantiles monárquicas, católicas y fascistas transformaron las universidades en campo de batalla contra los gobiernos de izquierda. La Falange Española —liderada por José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador— nació como un partido de fuerte base estudiantil y utilizó las escuadras de «Primera Línea» de su Sindicato Estudiantil Universitario (SEU) en una campaña de desestabilización del régimen democrático mediante la violencia callejera. El activismo en la universidad constituía, en realidad, tan solo una parte de un proceso mucho más amplio de movilización de la juventud que era objeto de atención por parte de todas las posiciones del espectro político.¹²

Ya durante la guerra civil, el propio Francisco Franco se presentó a sí mismo como «el general más joven de Europa» y explotó el sacrificio de los universitarios que combatieron como «alféreces provisionales» en el bando rebelde.¹³ Al mismo tiempo, su gobierno se tomó los precedentes lo bastante en serio como para desarrollar una política dirigida a los estudiantes que fue más allá de la depuración de primera hora llevada a cabo contra las organizaciones y activistas leales al gobierno legítimo. Los universitarios quedaron bajo el control del SEU, convertido desde 1937 en sindicato único para los partidarios del nuevo régimen. En 1942 la organización recibió las competencias exclusivas de orden público en los recintos universitarios. Y al año siguiente la ley de Ordenación de la Universidad obligó a los matriculados a inscribirse como miembros. En consecuencia, el SEU —y su Sección Femenina, semejante a la del partido matriz— obtuvo un amplio poder sobre los estudiantes, pero también una responsabilidad burocrática de gestión de servicios asistenciales diversos. Aunque los jóvenes falangistas se esforzaron por reivindicar el perfil militante de la organización —por ejemplo, exhibiendo sus

buenas relaciones con sus equivalentes alemanes e italianos, y su participación en la División Azul— la evolución del contexto internacional y las propias disputas internas de la coalición franquista, con la imposición progresiva de las tesis Nacional-Católicas, no les fueron favorables.¹⁴ El Ministerio de Educación Nacional quedó en manos de sus adversarios, y la educación superior fue configurada como un ámbito supuestamente despolitizado, donde la veneración por una versión confesional y reaccionaria de la «alta cultura» sirvió de excusa para la exaltación del dictador y para la promoción diplomática de la «normalidad» institucional del régimen en el nuevo contexto de la Guerra Fría.¹⁵

La posición de los activistas del SEU era doblemente ambigua. Por un lado, constituían un foco de discrepancia interna y resentimiento apenas disimulados, nostálgico de una «revolución pendiente» de signo fascista que, después de 1945, quedó huérfana de referentes exteriores y debía ser disfrazada bajo otros nombres. Al mismo tiempo, los jóvenes falangistas no dudaban en cerrar filas para defender el régimen, por mucho que este no les gustase, contra cualquier desafío interno o externo. Por otro lado, su peso —de por sí escaso— en el organigrama institucional y la propia carrera política de sus miembros dependía de su capacidad de vigilar a los estudiantes y de movilizarlos en apoyo al gobierno cuando fuese conveniente, dos tareas que desde el principio se revelaron como contradictorias. Las guerras civil y mundial, el miedo generado por las purgas y ejecuciones de posguerra, el empobrecimiento asociado a la autarquía, y el propio discurso oficial: todo ello contribuyó al descrédito de la política —la oficial y la disidente— y restringió su interés a minorías militantes, cuya capacidad para hacerse oír en público era inversamente proporcional al rechazo que expresaban hacia el dictador. Los intentos llevados a cabo en los años cuarenta para desarrollar actividades antifranquistas clandestinas en la universidad —al amparo de siglas de preguerra, como las de la propia FUE y su

contraparte en Cataluña, la Federació Nacional d'Estudiants (FNEC), u otras de nueva creación, como Eusko Ikasle Alkartasuna (EIA) en Euskadi— fueron frustrados por la policía.¹⁶ Por exclusión, los choques callejeros «viriles» entre falangistas y monárquicos «juanistas» y «carlistas», fueron durante años la única expresión pública de discrepancia política entre los universitarios.¹⁷ La gran mayoría de familias, tanto «adictas» como «desafectas», procuraron prevenir a sus hijos e hijas contra «la política» e inculcarles la necesidad de centrarse en los estudios como estrategia de ascenso social. Como el resto de los jóvenes, los universitarios también se vieron afectados por la involución cultural impuesta desde arriba por la dictadura, y tuvieron que acomodarse a la restauración de los estereotipos y reglas de comportamiento clasistas, puritanos y sexistas que la república democrática había intentado modificar.

Aunque también hubo casos de ingresos velados en las filas falangistas con ese propósito, el medio más recurrente para proporcionar una nueva identidad diferente de la familiar y una coartada para opiniones y actividades discrepantes fue la religiosidad católica. Además de poseer el aval de la propia dictadura, el fervor de rezos, retiros y ejercicios espirituales llenaba el vacío existencial compartido en la época por muchos jóvenes de ambos sexos. Y resultó especialmente útil para movimientos que, como el catalanismo y el vasquismo, ya tenían una rai-gambre confesional propia. Por otra parte, los cambios en la correlación de fuerzas dentro del gobierno propiciaron que, ya desde finales de los años cuarenta, nuevas asociaciones promovidas por Acción Católica comenzaran competir en toda España con los falangistas para atraer a los jóvenes de la época, en particular aquellos que —por sus estudios superiores— estaban en destinados a regir los destinos del país en el futuro. No es extraño, por tanto, que grupos como Acies Christi y el Opus Dei fuesen la bestia negra de los activistas del SEU, apenas por detrás de los propios comunistas.¹⁸

Comparados con la gente de su edad, los universitarios se vieron doblemente privilegiados, puesto que a sus ventajas tradicionales de clase y de estatus añadieron beneficios específicos, que incluían condiciones especiales para la realización del Servicio Militar (chicos) y Social (chicas) proporcionadas por el SEU, así como una variada oferta de prestaciones sociales y actividades culturales promovidas de manera paralela por el sindicato oficial y por diversas entidades católicas. Si bien las becas, colegios mayores, comedores y bolsas de libros tenían un impacto limitado y estaban reservadas para los afines, los filtros que en la primera posguerra escudriñaban el origen familiar se fueron debilitando, y estas ayudas —aunque redundantes para la clase alta— apuntalaron los sacrificios que una parte de la clase media estaba haciendo para enviar a sus hijos a la universidad. Al mismo tiempo, los universitarios disfrutaron de un grado de tolerancia inusual y accedieron —a través de lecturas, exposiciones, clubes de cine, grupos de teatro y de música clásica, viajes al extranjero y la influencia de determinados profesores— a estímulos intelectuales de vanguardia, casi desconocidos en la España de la época. También gozaron de una perspectiva más amplia sobre las realidades sociales y económicas del país, a través de campos de trabajo y de campañas de cooperación y alfabetización en barriadas marginales, experiencias promovidas por el falangista Servicio Universitario de Trabajo (SUT), con equivalentes católicos a menor escala. De hecho, aunque las mujeres eran una minoría en todas las facultades excepto en las de Filosofía y Letras, y el sexismo paternalista era la regla general de comportamiento en las aulas y fuera de ellas, las estudiantes disfrutaron de oportunidades de desarrollo personal y expresión individual mejores que el resto de las jóvenes españolas de su tiempo.¹⁹

Los contactos juveniles con el exterior estaban vinculados a la voluntad gubernamental de publicitar una imagen favorable del régimen en otros países, por ejemplo, mediante intercam-

bios teatrales, musicales, religiosos, o visitas de delegaciones universitarias. Con el respaldo oficial, los propios dirigentes del SEU llevaron a cabo una intensa labor diplomática para ser admitidos como representantes de los estudiantes españoles ante la Conferencia Internacional de Estudiantes (CIE), que agrupaba desde 1950 a las organizaciones del bloque occidental, frente a la Unión Internacional de Estudiantes (UIE) controlada por los comunistas. Sin embargo, nunca lograron pasar de meros observadores, porque las organizaciones estudiantiles republicanas en el exilio todavía ostentaban esa legitimidad. Eso les llevó a volverse hacia Portugal, la otra dictadura fascistizada que había sobrevivido a la derrota nazi en la Segunda Guerra Mundial. Pero allí se entendieron con la *Mocidade Portuguesa*, el equivalente del Frente de Juventudes español, pero no del SEU. Las organizaciones estudiantiles lusas se habían refugiado en un estricto apoliticismo para preservar su independencia del gobierno salazarista y tenían, por tanto, muy poco en común con los jóvenes falangistas españoles.

En esas circunstancias, la actitud de la mayoría de los universitarios hacia el SEU era de indiferencia: rechazaban sus arrebatos propagandísticos, pero sacaban ventaja de los servicios que ofertaba; aceptaban —sin mucha confianza— que sus cuadros actuaran como sus representantes ante las autoridades académicas para resolver problemas escolares convencionales, e incluso estaban dispuestos a participar en determinadas movilizaciones promovidas por el sindicato oficial, aunque a menudo las convirtiesen en una ocasión para las tradicionales chanzas y chirigotas estudiantiles. Los propios falangistas eran conscientes de ello, pero lo dejaban correr, y ello por dos razones. La primera era que ellos mismos querían aparentar ante sus superiores un grado de influencia sobre sus compañeros mayor del que realmente poseían. La segunda, que los más militantes consideraban que esa era la única estrategia a su disposición para llegar a ganárselos para su propia causa y evitar ce-

der protagonismo a posibles competidores. El resurgir falangista dentro del gobierno a principios de los años cincuenta propició la reaparición de una «Primera Línea» de activistas varones en el SEU, que tenían como objetivo agitar y politizar la universidad, empezando por los estudiantes mismos. Utilizaron las actividades culturales y sociales del sindicato para difundir sus posiciones y para criticar por igual, a la vieja usanza fascista, a reaccionarios e izquierdistas. A la vez, buscaron ganar relevancia institucional, logrando incluso la asistencia del dictador —en su inverosímil papel de caudillo de la juventud— a un Congreso Nacional de Estudiantes celebrado en la Ciudad Universitaria de Madrid en 1953. En él se promovió un Estatuto del Estudiante que reafirmaba los privilegios de los universitarios y les atribuía un rol activo en la vida académica y política. Aunque se trató de un puro brindis al sol, el Estatuto confirmaba el derecho a un tratamiento especial para los estudiantes que resultaría problemático en los años siguientes, cuando estos se activaron políticamente en contra de la dictadura.²⁰

Las limitaciones de la estrategia falangista no tardaron en hacerse evidentes. En primer lugar, los estudiantes se sentían distanciados del SEU porque lo veían como un mero apéndice de las autoridades. Aunque muy pocos entre ellos estaban preocupados por la naturaleza del único sistema político que habían conocido, la brecha generacional entre los participantes en la guerra civil y las nuevas cohortes que llegaban a la universidad no hacía sino crecer. Y eso no pasaba desapercibido para los adultos. Los medios oficiales de la época mostraban a menudo preocupación por lo que interpretaban erróneamente como pasividad e indolencia. Cada vez menos afectados por los traumas de la posguerra, los jóvenes de los años cincuenta estaban experimentando, en grados diversos según sus circunstancias, la apertura de horizontes que la recuperación económica asociada a la inversión extranjera y el turismo comenzaban a promover en la sociedad española. En un proceso que

se aceleró en la década siguiente, el incremento de las tasas de urbanización, escolarización y consumo estuvo acompañado por la configuración de un mercado de bienes y servicios juvenil, mucho más atractivo que el adoctrinamiento político y religioso promovido desde arriba.²¹

A pesar de la acción de la censura, la música, el cine y la moda no habían dejado de ofrecer modelos de comportamiento alternativos desde el final de la Guerra Civil. Los propios medios del régimen, incluyendo los del SEU, practicaban una suerte de propaganda inversa, por la que informaban profusamente de las revoluciones y protestas en general que tenían lugar en otros países —incluyendo los protagonizados por estudiantes— como una evidencia de las imperfecciones de esos regímenes y una justificación de las expresiones de descontento que había en España, que ellos procuraban ocultar. Ben Bella, Tito, Nasser, Castro, Lumumba o Martin Luther King eran personajes bien conocidos para los jóvenes que reactivaron el activismo antifranquista en la universidad en los años cincuenta y principios de los sesenta. Radio España Independiente, la emisora del Partido Comunista que emitía desde el extranjero, difundía orientaciones de cómo organizar la acción clandestina para burlar la acción de la policía.²² Más adelante, incluso, algunos activistas fueron a Francia buscando en la memoria del exilio orientaciones de primera mano. Así que existían diversas fuentes de inspiración para aquellos que albergaban sentimientos antifranquistas. Pero únicamente el retroceso del miedo y el alejamiento de la necesidad permitieron que un número mayor de jóvenes se planteasen la posibilidad de ponerlos en práctica. Y eso les llevó, mucho más que aquellos que los habían precedido, a cuestionar abiertamente las imposiciones y prohibiciones de la dictadura.

En segundo lugar, los propios falangistas continuaban implicados en las disputas internas del régimen, y se veían a sí mismos como un foco de activismo revolucionario muy crítico con lo que consideraban políticas reaccionarias del gobierno. Pero una y otra vez caían en su propia

trampa. En 1951 no dudaron en participar, junto con muchos otros universitarios, en el boicot popular contra la subida de los billetes de tranvía en Barcelona. Sin embargo, cuando la protesta alcanzó proporciones masivas, cambiaron de bando y participaron en la represión, por miedo a que la situación pusiese en peligro al propio régimen.²³ Algo semejante ocurrió en 1954 cuando, después de promover manifestaciones contra la ocupación británica de Gibraltar, acabaron justificando las cargas policiales por la supuesta infiltración de provocadores. Ante la mayoría de los universitarios, este comportamiento era manipulador e hipócrita, y erosionó aún más la imagen del SEU. De nada servía que después miembros de la Primera Línea realizaran desplantes públicos al propio Caudillo en actos de homenaje a José Antonio, como ocurrió en diversas ocasiones. El propio núcleo de jóvenes falangistas estaba dividido. En 1956 una parte de ellos entró en conversaciones con un grupo de estudiantes que estaban promoviendo por su cuenta actividades culturales en la Universidad Central de Madrid, e incluso firmaron un manifiesto muy crítico con la situación educativa y política del país, que apelaba «a los hijos de los vencidos y de los vencedores». Esto desató la alarma de las autoridades que, dentro de los límites de las competencias de orden público del SEU, autorizaron incluso un escarmiento físico. Sin embargo, la acción derivó en un asalto indiscriminado contra la Facultad de Derecho, en el que participaron miembros adultos de la Guardia de Franco. El enfrentamiento, que involucró choques entre las dos facciones existentes dentro de la Primera Línea, causó numerosos heridos y no solamente entre los estudiantes. En las escaramuzas posteriores un joven falangista recibió un disparo, casi con toda seguridad por fuego amigo. Por si fuera poco, los promotores del manifiesto fueron detenidos y varios de ellos resultaron ser miembros del Partido Comunista.²⁴

Estos sucesos causaron una crisis gubernamental en la que tres ministros fueron destitui-

dos. Por primera vez desde la guerra civil, se declaró el Estado de excepción (emergencia) durante unos meses. Dada la naturaleza del sistema político español, esta última medida no suponía un gran cambio en la práctica, pero revelaba hasta qué punto la dictadura era sensible a cualquier desafío público, especialmente si este se producía en un ámbito que era considerado el semillero de los herederos del régimen. Como parte de la purga dirigida contra las ambiciones falangistas, el SEU fue sometido en los años siguientes a un proceso forzoso de despolitización y transformado en un remedo de estructura representativa estudiantil que, sin embargo, se pretendía controlar desde arriba. La idea era dar una apariencia de tolerancia dirigida tanto a los estudiantes como a la opinión pública, en un momento en que un nuevo gabinete controlado por tecnócratas del Opus Dei pretendía mejorar la imagen española en el extranjero. Todavía se esperaba de los estudiantes falangistas que encabezasen el SEU y que actuaran como una fuerza de choque auxiliar, pero las competencias de orden público en la universidad fueron devueltas de *facto* a las autoridades académicas y a la policía, que en principio debía solicitar el beneplácito de las primeras para actuar, tal como finalmente quedó regulado por ley en 1959. Las nuevas responsabilidades atribuidas al profesorado, que incluían también supervisar el proceso de elección de delegados estudiantiles, fueron un motivo de tensión creciente con los estudiantes, y propiciaron que estos identificasen en los años siguientes institución educativa con la dictadura misma.

Las nuevas bases de la movilización

La agitación que los incidentes de 1956 causaron en el régimen y el vacío generado por la crisis del sindicato falangista ejercieron un poderoso efecto de demostración sobre los antifranquistas. El propio Departamento de Estado estadounidense observó que no se había producido una amenaza real para la dictadura.

Pero ello no fue obstáculo para que sus servicios de inteligencia prestasen mayor atención a los jóvenes disidentes españoles en los años siguientes, a través de programas específicos para que conociesen de cerca el «modo de vida» norteamericano, una atención que, sin duda, elevó la autoestima de los participantes, pero que también confirmó sus sospechas sobre la connivencia estadounidense con la dictadura. Significativamente, los únicos excluidos fueron los militantes comunistas, incluso cuando estos operaban en la clandestinidad y, supuestamente, su afiliación política era secreta, lo que sugiere que los estadounidenses disponían de información proporcionada por fuentes sobre el terreno.²⁵ Bajo la impresión de los sucesos de Barcelona, la propia dirección del Partido Comunista de España (PCE) —en Cataluña, Partit Socialista Unificat (PSUC)— había autorizado las actividades de la célula estudiantil madrileña como un experimento. Su conclusión global fue que se estaba produciendo un cambio decisivo en la sociedad española y que era necesario superar las divisiones de la guerra civil mediante una nueva «política de reconciliación nacional». En los años siguientes, jóvenes procedentes de la subcultura comunista —que había sobrevivido como un gueto militante durante la posguerra— organizaron nuevos núcleos clandestinos comunistas en las principales universidades, e hicieron todo lo que estuvo en su mano por apoyar las movilizaciones que el PCE/PSUC impulsó, con éxito limitado, en 1958 y 1959.²⁶

Ahora bien, la segunda mitad de la década contempló la emergencia de otros muchos grupos de estudiantes antifranquistas. Las siglas siempre han constituido un fuerte recurso simbólico para reivindicar seriedad e importancia para proyectos políticos que, como estos, estaban basados en relaciones personales, y escasa o nula experiencia organizativa. No es extraño, por tanto, que muchos de los colectivos buscasen dotarse de una referencia atractiva con el que firmar su propaganda. Así había sucedido en los años cuarenta y volvió a ocurrir en los

cincuenta. En Madrid se constituyeron la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) y el Frente de Liberación Popular (FLP), que después procuraron extenderse a otros distritos. En Cataluña se recuperaron las siglas FNEC, mientras que en Euskadi el grupo que reemplazó a EIA, llamado Ekin («hacer»), rompió con el Partido Nacionalista Vasco (PNV) y comenzó a actuar por su cuenta. En 1959 pasaron a denominarse Euskadi ta Askatasuna (ETA). Grupos disidentes en universidades más pequeñas ni siquiera llegaron a esa fase todavía. La mayoría los participantes en estas diversas iniciativas eran chicos, pero también había algunas chicas entre ellos.²⁷ Un nuevo boicot contra los tranvías en 1957 con fuerte apoyo estudiantil en Barcelona y Madrid fue respondido con otra violenta acción de castigo de la Guardia de Franco, esta vez en la Universidad de Barcelona. En los dos principales campus, los jóvenes antifranquistas buscaron apoyarse entre ellos mediante el establecimiento de Comités de Coordinación Universitaria clandestinos.²⁸

Como parte de su formación como herederos del régimen, a los estudiantes se les había tolerado hasta entonces expresar opiniones divergentes, siempre y cuando se realizasen en un ámbito limitado. Ahora bien, la distribución de propaganda y las acciones en el espacio público constituían un umbral que atraía la atención de las fuerzas de seguridad. A pesar de todas las precauciones adoptadas, los grupos clandestinos no tardaron en sufrir la misma suerte que sus antecesores de los años cuarenta. En ambos casos, el temor a la detención comportó que recurriesen a unas estrategias de resistencia basadas en el uso de métodos conspirativos y en un reclutamiento muy selectivo, mientras que trasladaban su mensaje mediante consignas antifranquistas poco relacionadas con la vida cotidiana de los estudiantes a las que iban dirigidas. Con todo, esto no impidió que fuesen detectados por la red de vigilancia de la policía política; y facilitó, paradójicamente, que quedasen aislados y fuesen fácilmente arrestados y desacreditados ante la opinión pública como agentes de

la subversión «comunista». En ausencia de una versión alternativa, cabía pensar que, si los habían detenido, sería porque algo habrían hecho.

Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido en los años cuarenta, cuando las redadas policiales previnieron posteriores intentos organizativos, al filo de los años sesenta las condiciones de la sociedad y de la universidad española habían cambiado lo suficiente como para que más jóvenes se atreviesen a probar de nuevo. Procurando acomodar su mensaje al medio universitario, esta vez mantuvieron las organizaciones políticas en la sombra y canalizaron sus esfuerzos a través de nuevas asociaciones estrictamente estudiantiles, como la Comisión Interfacultades (INTER) de Barcelona, o la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE) en Madrid, que hizo lo posible por extenderse a otros distritos.²⁹ Sin embargo, siguieron apegados a las viejas prácticas clandestinas y persistieron en dirigir sus acciones contra la dictadura, como ocurrió en 1962 cuando participaron en una campaña de solidaridad pública con los huelgas de la minería asturiana, que fue acogida con indiferencia por la mayoría de los universitarios.³⁰ La policía, en cambio, reaccionó con nuevas redadas contra los grupos políticos antifranquistas más importantes; en particular, el PCE/PSUC y el FLP, que fueron tratados de nuevo como si fuesen una sola entidad. Por el contrario, otros núcleos disidentes que habían mantenido un perfil político menos evidente, así como las propias organizaciones estudiantiles recién creadas, pasaron desapercibidos.

De hecho, en algunos distritos se habían explorado vías de acción alternativas, como la propuesta de actividades literarias, artísticas y musicales, la presentación de candidaturas independientes en las elecciones de delegados de curso, o la publicación de revistas estudiantiles. Estas iniciativas habían despertado suspicacias, e incluso habían sido reventadas a menudo por los responsables del SEU, pero fueron despreciadas como inofensivas por la propia policía, que solamente tenía ojos para la amenaza que

representaban los grupos que conspiraban al viejo estilo. Además de tener una naturaleza «escolar», actuaban a la luz pública, a menudo contaban con el apoyo de algunos profesores, se planteaban bajo el paraguas del sindicato oficial, y estaban expuestas al escrutinio de las autoridades académicas. Pero otro elemento fundamental a tener en cuenta es que muchas de ellas fueron desarrolladas por colectivos estudiantiles diversos, que se movían en un espectro muy amplio. Incluía a universitarios organizados, pero cuyas opiniones sobre la situación española eran ambiguas, como era el caso de las facciones monárquicas. Había numerosos jóvenes católicos de ambos sexos, encuadrados en la Juventud Estudiante Católica (JEC) desde 1961, que ni siquiera expresaban ideas políticas definidas. Otros tenían inquietudes regionalistas que habían derivado más o menos hacia un nacionalismo consciente. En ese magma surgido al calor de la combustión lenta que estaba sufriendo el SEU, era mucho más fácil que pequeños grupos antifranquistas que evitaban la confrontación abierta tuvieran oportunidad de sobrevivir, consolidarse y reclutar nuevos miembros.³¹

Igual que estaba sucediendo en el ámbito laboral con las Comisiones Obreras,³² los activistas antifranquistas acabaron por asumir que su mejor opción era aprovechar los cambios que estaba sufriendo el SEU y trabajar dentro de la estructura oficial. Comenzando por los mayores distritos, donde el número de estudiantes garantizaba que hubiese una masa crítica suficiente como para atreverse a plantar cara a los falangistas, los disidentes volcaron sus esfuerzos en copar las cámaras de representantes de facultades y escuelas universitarias —una novedad introducida por decreto en 1961— compitiendo, y a la vez cooperando, con el resto de tendencias estudiantiles en su común enfrentamiento con los falangistas. Ello les permitió camuflarse entre el resto de universitarios y estar junto a ellos. En lugar de insistir en consignas políticas, procuraron ocupar el papel de portavoces que los falangistas habían abandonado, defendiendo

los intereses cotidianos de los jóvenes ante las autoridades. Incluso si, como era de esperar, sus reivindicaciones no eran escuchadas, se estaban creando condiciones necesarias para la movilización, precisamente en un periodo en que el número de estudiantes comenzó a crecer, poniendo a prueba la capacidad de respuesta de la administración educativa. Además, una vez que los activistas antifranquistas dejaron de ser conspiradores en la sombra y se hicieron conocidos para la mayoría, la represión dejó de ser un estigma y fue posible invocar el mecanismo de la «solidaridad» como argumento para agitar las protestas y hacer ver a los universitarios cuál era la auténtica naturaleza del régimen. Aunque no hizo sino adoptar y expandir unas prácticas que habían surgido de manera espontánea, el Partido Comunista desempeñó un papel clave al sistematizar y difundir una estrategia que resultó decisiva para transformar las universidades en un foco de contestación mayoritaria contra la dictadura.³³

No todas las propuestas que concurrían a las elecciones estudiantiles en los años sesenta tenían el mismo éxito. En un momento en que la juventud española en general, y los universitarios en particular, estaban cada vez más interesados por la nueva cultura pop que entraba a raudales desde el exterior, aquellos que más compartían esos referentes en su manera de expresarse, de comportarse, de vestir, en sus gustos musicales, o en su rechazo de las convenciones tradicionales, estaban en mejores condiciones de atraer, de manera natural, la atención por parte de sus compañeros. Los disidentes multiplicaron el efecto de estos identificadores simbólicos al hacerse con el control de las actividades culturales de vanguardia promovidas en el pasado por los falangistas, poniéndolas ahora al servicio de un programa democrático y antifranquista. Un recurso clave fue insistir en el paralelismo existente entre las reivindicaciones de los estudiantes españoles y las impulsadas por sus compañeros de otros países, en especial las que tenían lugar en Estados Unidos, donde el

papel de los universitarios estaba siendo clave para impulsar la lucha por los derechos civiles de afroamericanos e indígenas, el rechazo a la intervención en Vietnam, la defensa de la libertad de expresión en los campus y la crítica a la sociedad de consumo del incipiente movimiento *hippie*. Reproduciendo el papel de portavoces simbólicos de artistas como Joan Báez o Bob Dylan, algunos cantautores compaginaron, de hecho, su activismo antifranquista con su propio perfil creativo, como ocurrió de hecho con *Raimon*, Quico Pi de la Serra y otros intérpretes de la *Nova Cançó*, así como con sus equivalentes en otras zonas de España. Diversos artistas, como los colectivos *Crónica y Realidad*, aportaron sus recursos plásticos para ilustrar las revistas y los carteles del movimiento.³⁴

Las mujeres, en particular, encontraron oportunidades añadidas en ese nuevo entorno, en el que los viejos roles de género –aunque todavía vigentes– fueron cuestionados como parte de una nueva actitud «moderna».³⁵ Esta habilidad para aunar inquietudes personales, estudiantiles y políticas constituyó la receta de las nuevas estrategias de oposición que impulsaron un movimiento estudiantil de masas en los años siguientes. Si la defensa de la autoridad de la dictadura, la religión y la familia era un leitmotiv del orden franquista, su impugnación conjunta alimentó un nuevo estilo de protesta, en el que las formas de acción colectiva eran ejemplos de aquello que se estaba reivindicando. Asambleas, manifestaciones, sentadas, ocupaciones y recitales tenían un valor añadido para sus participantes que iba más allá del mero activismo, puesto que constituían ocasiones de estar juntos y sentirse libres, una circunstancia poco habitual en un país como la España de la época, especialmente para quienes por su edad –y aún más por su sexo– todavía estaban sometidos al control familiar. Esas economías externas de la participación contribuyeron a compensar los costes físicos, académicos y penales del antifranquismo estudiantil.³⁶

La eficacia de los nuevos métodos –una organización en varios niveles que permitía com-

binar organización clandestina y protagonismo público– permitió la consolidación de núcleos disidentes en la mayoría de distritos, si bien su influencia era todavía muy desigual. En general, los centros periféricos –como las escuelas técnicas– y los distritos más pequeños se les resistieron más tiempo. Por otra parte, la correlación de fuerzas era cambiante y dependía a menudo de situaciones particulares en cada facultad. Los propios grupos estudiantiles antifranquistas se enfrentaban entre sí por motivos ideológicos, estratégicos y territoriales. Vasquistas y catalanistas querían mantener plataformas estudiantiles separadas. Los activistas católicos seguían encuadrados en la JEC, aunque algunos de ellos también promovieron una Unión de Estudiantes Demócratas (UED) más expresamente política para competir con el PCE/PSUC y el FLP. También hubo importantes conflictos internos e incluso escisiones, como ocurrió con la propia organización universitaria comunista en Madrid.³⁷ Con todo, los esfuerzos negociadores entre la mayoría de los activistas de izquierda permitieron que una nueva Confederación Universitaria Democrática Española (CUDE) comenzase a coordinar las movilizaciones en todos los distritos. Su programa incluía la reivindicación de una universidad democrática e igualitaria, la puesta en práctica de los derechos estudiantiles tantas veces prometidos por el régimen, y la transformación del SEU en una organización realmente participativa, independiente de todo control gubernamental. Para conseguirlo, se reafirmaban en el uso de las nuevas estrategias de oposición, apostando por peticiones formales y acciones colectivas no violentas, denunciando una y otra vez la hipocresía de los falangistas que todavía dirigían, sobre el papel, el sindicato oficial. Buscaron, además, el apoyo público de los miembros más tolerantes del profesorado, e incluso lograron que algunos de ellos aceptasen presidir asambleas libres e interceder ante las autoridades académicas. Con la ayuda de la *Union Nationale d'Étudiants de France* (UNEF), la CUDE también intentó ser reconocida en el exterior como

portavoz legítimo de los estudiantes españoles ante la UIE y la CIE. Al estar impulsada por activistas del PCE/PSUC, la UIE los admitió enseguida. Pero, como le había pasado al SEU en la década anterior, chocó ante la CIE con la hostilidad de los representantes en el exilio de las Juventudes Socialistas y de los estudiantes vasquistas y catalanistas, así como con la competencia de la UED. Además, como se descubrió más tarde, la CIE estaba financiada, a través de la *National Student Association* (NSA) por los servicios secretos estadounidenses, nada proclives a amparar una plataforma en la que había comunistas.³⁸

El desafío del Sindicato Democrático

A pesar de las medidas adoptadas desde el inicio de su dictadura, Franco y su gobierno se encontraron a mediados de los años sesenta en una situación comparable a la sufrida por Miguel Primo de Rivera en los años veinte. No estaban dispuestos a tolerar el menor desafío público a su autoridad pero, en un momento en que España tenía ciertas esperanzas de ser admitida en el Mercado Común, tampoco se atrevían a utilizar contra un colectivo tan sensible como los universitarios toda la crudeza represiva que descargaban sobre el movimiento obrero. Diversas voces dentro del régimen abogaban por acciones contradictorias y a Franco le pesaba el temor a dar sensación de debilidad. Como resultado, se intentó una inconsistente política de palo y zanahoria, con poco efecto disuasivo, pero que abrió los ojos a muchos universitarios que se habían mantenido indiferentes hasta entonces, especialmente cuando constataron de primera mano hasta qué punto la prensa deformaba los hechos a su conveniencia. Las acciones pacíficas de los estudiantes fueron disueltas violentamente por la policía y se procesó a algunos de los profesores que les dieron apoyo, como ocurrió en Madrid en 1965. No se pudo evitar el rechazo internacional, que incluyó la presencia en Barcelona del líder de la UNEF, Bernard Schneider, hasta que fue expulsado.³⁹ Al mismo

tiempo, se intentó dividir a los activistas, atrayendo al sector más moderado a una negociación reservada que, en realidad, solamente pretendía ganar tiempo. El gobierno dio por perdido el SEU y ese mismo año decidió reemplazarlo por sorpresa por un nuevo sistema de Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APE). Aunque fueron presentadas como independientes y apolíticas, estaban controladas por el Ministerio de Educación, ahora en manos del Opus Dei. Su propósito era desactivar las protestas y evitar que la representación estudiantil fuese utilizada contra la dictadura.

Sin embargo, las APE demostraron ser un error de cálculo. La caída del SEU fue interpretada como un éxito formidable de los disidentes, puesto que era la primera institución del régimen que los antifranquistas lograban destruir.⁴⁰ A pesar de las órdenes recibidas por las autoridades académicas para que impusieran el nuevo sistema, nombrando candidatos a la fuerza si era necesario, los activistas estudiantiles boicotearon el procedimiento, e intentaron seguir celebrando elecciones con las normas anteriores, vaciando de contenido la estructura oficial. Aunque el gobierno insistió en constituir una presidencia nacional, en muchos centros, especialmente en los distritos más grandes, las APE solamente existían de nombre o no existían en absoluto.⁴¹ Por otra parte, muchos activistas, apoyados especialmente por la dirección del PCE/PSUC, consideraron que la CUDE ya había cumplido su función como plataforma para derribar el SEU y que era necesario crear una organización unitaria nueva, pensada para evitar la consolidación de las APE: un Sindicato Democrático de Estudiantes (SDE) que fuese unitario —para todos y en todo el territorio— pero de funcionamiento federal, y que cumpliera de verdad los ideales de independencia, pluralidad y participación. Con todo, se siguió una estrategia posibilista, adaptada a las circunstancias de cada distrito. La primera federación del SDE se creó en la Universidad de Barcelona, donde los disidentes habían llegado a controlar casi todos los

centros. El acto de fundación del SDEUB, celebrado en marzo de 1966 de manera clandestina en el convento de monjes capuchinos de Sarrià reunió a profesores e intelectuales antifranquistas, representantes de otros distritos, así como enviados de la francesa UNEF y la estadounidense NSA. El gobierno reaccionó con furia: la policía se saltó el fuero eclesiástico, reventó la reunión y detuvo a los asistentes. Pero de nuevo el resultado de la *Caputxinada* fue una ola de apoyo, tanto en España como en el exterior, que alteró aún más los ánimos franquistas. Al mes siguiente, los representantes españoles en el 55º congreso de la UNEF —en el que intervino, por cierto, un joven franco-alemán llamado Daniel Cohn-Bendit— recibieron generosas donaciones por parte de las delegaciones de otros países, entre ellas, la de Vietnam del Norte, así como aportaciones del exilio en Francia.⁴²

La protesta estudiantil alimentó nuevas tensiones en el seno del gabinete, mientras se exploraban formas de contención complementarias al uso de la fuerza. En 1966, las APE fueron reformadas y rebautizadas como Asociaciones de Estudiantes (AE) con la intención de retomar el control de los centros que estaban actuando de manera independiente. En lugar de esto, se incrementó la confusión normativa y los candidatos oficiales obtuvieron incluso peores resultados en las elecciones del siguiente curso. Por su parte, los disidentes crearon un Organismo Permanente de los Estudiantes de España (OPEE) que pudiera impulsar la constitución del Sindicato Democrático en todos los distritos y que, al mismo tiempo, actuase como una sola voz hacia el exterior a través de un Departamento de Información y Relaciones Internacionales (DIRI), integrado por activistas que residían en París. El OPEE también trabajó para encontrar puntos de encuentro con los representantes electos dentro del sistema oficial, muchos de los cuales pertenecían a colectivos católicos vinculados a la JEC y/o a la UED, cada vez más críticos con las falsas promesas y manipulaciones del gobierno.⁴³ Como fruto de esos

contactos, los delegados de las AE aceptaron acudir a una Reunión Coordinadora y Preparatoria (RCP) en Valencia, donde se había fraguado parte del acuerdo. La RCP debía fijar los pasos para celebrar en el futuro un congreso constituyente de un Sindicato Democrático aceptable para todos.

Como parte de la estrategia —alentada por el PCE/PSUC— destinada a obligar al gobierno a aceptar la nueva situación, los disidentes solicitaron permiso al Ministerio de Educación para celebrar la reunión. La negativa que recibieron estuvo acompañada de amenazas, así como de instrucciones a la policía para que impidiese que el acto tuviese lugar, pero también para que evitase en lo posible el escándalo de la *Caputxinada*. Aunque varias delegaciones fueron arrestadas y hubo una presión policial constante, la RCP tuvo lugar del 30 de enero al 2 de febrero de 1967. Por primera vez desde la Guerra Civil, representantes electos de todos los distritos y de todas las tendencias hablaban con una sola voz, exigiendo autonomía sindical, derechos civiles y políticos, una reforma democrática de la universidad y su derecho a participar en la gestión de los centros educativos. Finalmente, la policía acabó irrumpiendo en el acto y deteniendo a la mayoría de los presentes, que se limitaron a resistir de manera no violenta mientras invocaban unos versos del poeta Miguel Hernández: un símbolo de la distancia —intelectual y moral— que los separaba de sus represores.⁴⁴

La ausencia de representantes extranjeros redujo la repercusión de la RCP fuera de España y, de hecho, las relaciones exteriores fueron una fuente añadida de problemas en los meses siguientes. Justo después de la reunión de Valencia, el control que la inteligencia norteamericana había estado ejerciendo sobre la NSA y la CIE quedó al descubierto. La propia prensa franquista no tuvo empacho en ridiculizar a los activistas españoles como meras marionetas de potencias extranjeras. El escándalo provocó la crisis de estas organizaciones, y también la paralización de las gestiones que el DIRI había estado realizan-

do para lograr el ingreso del Sindicato Democrático en la CIE. Por otra parte, la admisión del SDE como miembro de pleno derecho de la procomunista UIE en marzo de 1967 generó el rechazo de los activistas más moderados, que echaron en cara a los militantes del PCE/PSUC que estaban subordinando una organización que se suponía unitaria a sus propios intereses políticos. Los miembros del DIRI fueron acusados de actuar por su cuenta y el organismo fue sustituido por una Comisión Internacional de rango inferior, que no podía actuar si autorización previa y que debía limitarse a difundir la lucha estudiantil en el exterior.⁴⁵

La represión policial agitó todavía más las protestas y movió a numerosos estudiantes, profesores e intelectuales a firmar una petición de protesta dirigida al gobierno. La dictadura parecía haberse inclinado por dar una respuesta cada vez más violenta a la contestación, incluida la universitaria. La tolerancia relativa con que se había tratado a los estudiantes se había terminado. Mientras se celebraba aún la RCP, se produjo en Madrid la primera muerte de un estudiante, Rafael Guijarro, que supuestamente cayó al vacío mientras huía de la policía. En los años siguientes se produjeron otros «accidentes» similares. A continuación, decenas de activistas fueron expulsados en Barcelona, lo que comportó que los varones fuesen llamados al Servicio Militar, otra medida que también fue aplicada en cursos siguientes en otros distritos. Los asistentes a posteriores RCP fueron sometidos a vigilancia y acoso sistemáticos, mientras que la policía hacía todo lo posible por boicotear la constitución de nuevas secciones del SDE. La de Madrid (SDEUM) nació muy debilitada en abril de 1967.⁴⁶ Mientras tanto, el Tribunal Supremo confirmaba la ilegalidad de las Comisiones Obreras, se endurecían las penas para quienes criticasen el orden establecido, y se declaraba un nuevo Estado de excepción en las provincias vascas. El 1 de mayo, numerosos estudiantes se unieron a los obreros en las manifestaciones, y fueron igualmente maltratados por la policía.

En junio, la sentencia condenatoria contra los participantes en la *Caputxinada* en el Tribunal de Orden Público recordó el carácter ilegal del SDEUB y, por extensión, de sus posibles equivalentes en otros distritos. Como observó el propio Franco en enero de 1968, no estaban dispuestos a permitir que los estudiantes fuesen «un mal ejemplo para otros elementos del país; en especial, el elemento obrero».⁴⁷

Esta espiral represiva politizó a más estudiantes, pero también amedrentó a muchos de sus compañeros, que no estaban preparados para asumir el coste personal que el endurecimiento de la situación implicaba. Aunque el objetivo de constituir un Sindicato Democrático de los Estudiantes de España seguía en vigor, las condiciones que habían alimentado la movilización en los años anteriores estaban cambiando aceleradamente. La presión policial obligó a prescindir de la OPEE en diciembre de 1967 y actuar cada vez más en la clandestinidad. Numerosos activistas comenzaron a pensar que ya no tenía sentido empecinarse en constituir un Sindicato Democrático a la luz pública, cuando lo único que estaban consiguiendo eran cargas policiales, detenciones y maltratos en comisaría. De hecho, aunque otros distritos —en particular Granada, Sevilla, Zaragoza y Valencia— habían avanzado mucho en la preparación de sus propias federaciones, ninguno de ellos llegó a culminar el proceso.⁴⁸ Esta crisis se manifestó en las propias organizaciones políticas estudiantiles, comenzando por el PCE/PSUC, que sufrió una nueva escisión, especialmente importante en Barcelona y Valencia.⁴⁹ Pero más significativo si cabe fue que también afectó a activistas que, como muchos miembros de la JEC, habían defendido en el pasado opiniones mucho más moderadas. Ahora, a la luz de lo que habían vivido, experimentaron una politización acelerada que les llevó a adoptar posiciones «a la izquierda» del Partido Comunista histórico. El proyecto unitario que había sostenido la movilización de masas se había estrellado contra la intolerancia del gobierno. Justo cuando el activismo estu-

diantil comenzaba a hacerse notar en distritos hasta entonces poco o nada movilizados,⁵⁰ las RCP se interrumpieron y el congreso fundacional del Sindicato Democrático nunca llegó a celebrarse. Así estaban las cosas en las universidades españolas a principios de 1968.

Conclusiones

Los estudiantes españoles habían recorrido un largo camino de politización y protestas antes de 1968. A pesar de las precauciones adoptadas, la dictadura franquista fue un acicate para el disenso de los jóvenes, especialmente cuando estos, como era el caso de los estudiantes, disponían de los medios y las oportunidades para dar la batalla ante la opinión pública. La demagogia autocomplaciente del régimen había alimentado un discurso que presentaba a los universitarios como los herederos del Nuevo Estado. Los conflictos en el seno de la dictadura agostaron el falangismo ambivalente del SEU y crearon un vacío en la universidad que pudo ser aprovechado por los disidentes. Fue necesario, sin embargo, que cambiasen las condiciones de aislamiento, represalias y estancamiento que habían prevalecido en los años cuarenta para que la minoría antifranquista rompiera la espiral del silencio a la que había estado sometida y encontrara una manera de conectar con el resto de los universitarios.

Desde finales de los años cincuenta, unas nuevas estrategias de oposición permitieron a los disidentes combinar clandestinidad y acción pública. La nueva cultura juvenil asociada a la apertura al exterior y a la expansión del consumo creó un espacio de significados compartidos entre los estudiantes antifranquistas y la mayoría de sus compañeros. En las zonas de libertad creadas por el movimiento, las cuestiones escolares, las reivindicaciones institucionales y las aspiraciones de realización individual se entremezclaron, haciendo realidad esa identidad entre lo personal y lo político que el ciclo de protesta de 1968 haría bien conocida. El proyec-

to de un Sindicato Democrático de Estudiantes fue el símbolo de una movilización de masas creciente que, desde el principio, buscó y encontró apoyo fuera de España.

Todo ello fue posible porque los dirigentes franquistas trataron de evitar, durante un tiempo, utilizar con los universitarios los mismos métodos violentos con los que habían en su fundado su régimen y que, de manera limitada, eran todavía aplicados contra el movimiento obrero. Sin embargo, el riesgo de que los estudiantes acabasen espoleando esas y otras protestas – pesadilla de la dictadura, sueño antifranquista – impulsó el recurso creciente a la represión policial y a métodos encubiertos. Como resultado, el movimiento se contrajo, y muchos activistas perdieron confianza en las estrategias que habían utilizado hasta entonces. Y todo ello antes de Mayo de 1968. Así pues, las circunstancias eran más que propicias para que el movimiento estudiantil en España resonara ese año y los siguientes con la misma cadencia revolucionaria que sus equivalentes internacionales.

NOTAS

- ¹ Este artículo forma parte del proyecto HAR2014-53042-P del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad.
- ² Una discusión más amplia de estos trabajos y de los respectivos modelos interpretativos subyacentes –para la cual no se dispone de espacio aquí– en Rodríguez Tejada, 2009a, I, p. 36 ss. y Rodríguez Tejada, 2010b. Véase también González Calleja 2005 y González Calleja, 2009, esp. cap. I.
- ³ Alonso, 1991; Álvarez Junco, 1994; Laraña 1994, 1996 y 1999; Pastor 1998. Esta interpretación, basada en buena medida en la llamada «teoría de los Nuevos Movimientos Sociales», es compartida por algunas de las síntesis recientes sobre el movimiento estudiantil antifranquista: Valdevira, 2006, p. 132; y, con matices, Hernández Sandioca, Ruiz Carnicer y Baldó, 2007, 258 ss. y Hernández Sandioca, 2008.
- ⁴ Véase Carrillo Linares, 2006, 2008 y 2015; Korneitis, 2008 y 2015; Gómez Oliver, 2008; y Rodríguez Tejada, 2009a y 2015. También la síntesis de González Calleja 2009, aunque su enfoque desborda ampliamente el estudio del movimiento estudiantil bajo el franquismo.

- ⁵ Las síntesis más recientes en Accornero, 2016 (Portugal) y Kornetis, 2013 (Grecia).
- ⁶ Por ejemplo, la Primavera de Praga (Williams, 2003); Alemania Oriental (McDougall, 2004) y Polonia (Junes, 2015).
- ⁷ Sobre los movimientos no europeos en general, véase Christiansen y Scarlett, 2012. Una introducción general al caso latinoamericano en Vargas (ed.), 2005. De interés, los ejemplos de Brasil (Langland, 2013) y México (Pensado, 2013).
- ⁸ Véase, por ejemplo, Natsis, 2002 y Byaruhanga, 2006.
- ⁹ Una síntesis en Weiss y Aspinall, 2012.
- ¹⁰ Suri 2003.
- ¹¹ Este aspecto ha quedado reflejado en las síntesis de los últimos años: Fink, Gassert y Junker (eds.), 1998; McMillian y Buhle (eds.), 2003; Kurlansky, 2004; Schildt & Siegfried (eds.), 2006; Klimke y Scharloth (eds.), 2008; Klimke, 2010; Klimke, Pekkelder y Scharloth (eds.), 2011. Algunas de las evoluciones extremistas en Della Porta, 1990; Varon, 2004; Bloom y Martin, 2016.
- ¹² Ben Ami, 1991. González Calleja, 2009. Souto, 2013.
- ¹³ Aguilar, 1999. Sevillano Calero, 2010.
- ¹⁴ Saz, 2003. Baoinza, 2016.
- ¹⁵ Ruiz Carnicer, 1996. Rodríguez Tejada, 2009a, I, cap. 1 y 2.
- ¹⁶ Figueras, 2005, pp. 234-246. Jáuregui, 2006, p. 181. González Calleja, 2009, p. 181. 226-232.
- ¹⁷ Véase, por ejemplo, Rubio Mayoral, 2005, p. 104.
- ¹⁸ Ynfante, 1970. Montero (coord.), 1998.
- ¹⁹ Rodríguez Tejada, 2004 y 2010a.
- ²⁰ Rodríguez Tejada, 2010a.
- ²¹ Sánchez Recio (ed.), 2008. Towson (ed.), 2009. Pack, 2009. Crumbaugh, 2009.
- ²² Zaragoza, 2008.
- ²³ Fanés, 1977. Richards, 1999. Rubio Mayoral, 2005, p. 104 ss.
- ²⁴ Lizcano, 2006. López Pina (ed.), 2010.
- ²⁵ Rodríguez Tejada, 2014.
- ²⁶ Rodríguez Tejada, 2009b. Treglia, 2012.
- ²⁷ Mateos, 1991. García Alcalá, 2001. Figueras, 2005, pp. 247 ss. Jáuregui, 2006, pp. 181-187.
- ²⁸ Coll y Puig, 2008. Álvarez Cobelas, 2004, p. 93.
- ²⁹ Véase, por ejemplo, el caso de Oviedo: Lobato, 1998, p. 22.
- ³⁰ Vega García, 2002.
- ³¹ Montero (coord.), 1998, *passim*. Pérez Delgado, 2002, p. 328. Rodríguez Tejada, 2009a, I, pp. 310-320. Gurriarán, 2010, 205 ss. y 243 ss.
- ³² Domènech, 2008 y 2012.
- ³³ Rodríguez Tejada, 2002 y 2009b.
- ³⁴ Thomas, 1997. Marwick, 1998. Rodríguez Tejada, 2008. Carrillo-Linares, 2012. Vergniolle, 2008.
- ³⁵ Rodríguez Tejada, 2004.
- ³⁶ Rodríguez Tejada, 2015, p. 88.
- ³⁷ Una de las facciones participó en la creación del Partido Comunista de España (marxista-leninista) o PCE (m-l). La otra abandonó el partido como resultado de la expulsión de Fernando Claudín y Jorge Semprún. Hermet, 1971, p. 66 ss. Morán, 372 ss. Laiz, 1995, 76 ss. Nieto, 2014, cap. 9.
- ³⁸ Rodríguez Tejada, 2009a, II, pp. 28-29.
- ³⁹ Colomer, 1978, I, p. 190.
- ⁴⁰ Nicolás y Alted, 1999, p. 76.
- ⁴¹ Rodríguez Tejada, 2009a, II, pp. 29-37.
- ⁴² Crexell, 1987. Ysàs, 2004, p. 12.
- ⁴³ Véase, por ejemplo, el caso de la Universidad de Navarra: De Pablo, 2017, p. 484-485.
- ⁴⁴ Rodríguez Tejada, 2009a, II, pp. 56-91.
- ⁴⁵ Colomer, 1978, I, pp. 288-289.
- ⁴⁶ Álvarez Cobelas, 2004, p. 177.
- ⁴⁷ Franco Salgado-Araujo, 1976, p. 517.
- ⁴⁸ Martínez Foronda (coord.), 2012. Carrillo-Linares, 2008. Marín, 2014. Rodríguez Tejada, 2009a.
- ⁴⁹ Los disidentes acabaron fundando un Partido Comunista de España (internacional) o PCE (i), que supo capitalizar muy bien la euforia de 1968. Véase Martín Ramos, 1993. Laiz, 1995, p. 79 ss. Rodríguez Tejada, 2009a, II, pp. 111-119.
- ⁵⁰ Véase, por ejemplo, Valladolid (Palomares, 2008) y La Laguna (Déniz, 1999).

BIBLIOGRAFÍA

- ACCORNERO, GUYA, *The Revolution Before the Revolution*, Nueva York, Berghahn, 2016.
- AGUILAR, MARIANO, *El Ejército español durante el franquismo*, Barcelona, Akal, 1999.
- ALONSO, LUIS, «Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación» en Vidal-Beneyto, Joaquín (ed.), *España a debate*, Madrid, Tecnos, 1991, vol. II, pp. 71-98.
- ÁLVAREZ COBELAS, JOSÉ, *Envenenados de cuerpo y alma*, Madrid, Siglo XXI, 2004.
- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ, «Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista» en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*, Madrid, CIS, 1994, pp. 413-442.
- BAOINZA, JOSÉ A., *Pleitos de familia*, Madrid, Marcial Pons, 2016.
- BEN AMI, SHLOMO, «Los estudiantes contra el Rey. El papel de la FUE en la caída de la Dictadura y la proclamación de la República», *Cuadernos Republicanos*, 7, 1991, pp. 21-34.
- BLOOM, JOSHUA, MARTIN, WALDO, *Black against Empire*, Berkeley, University of California Press, 2016 (2013).

- BYARUHANGA, Frederick, *Student Power in Africa's Higher Education*, Nueva York, Routledge, 2006.
- CARRILLO-LINARES, Alberto, «Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia», *Pasado y memoria*, 5, 2006, pp. 149-170.
- , *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, Sevilla, CEA, 2008.
- , «Surcos de esperanza y gritos de libertad. Música contra el franquismo», *Historia Social*, 73, 2012, pp. 81-99.
- , «Universidades y transiciones políticas: el caso español en los años 60-70», *Espacio, Tiempo y Educación*, 2, 2015, pp. 49-75.
- CHRISTIANSEN, Samantha y SCARLETT, Zachary (eds.), *The Third World in the Global 1960s*, Nueva York, Berghahn, 2012.
- COLL, Maria, PUIG, Josep, *La vaga d'usuaris de tramvies de Barcelona de 1957*, Vic, Eumo, 2008.
- COLOMER, Josep M., *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*, Barcelona, Curial, 1978, 2 vols.
- CREXELL, Joan, *La Caputxinada*, Barcelona, Edicions 62, 1987.
- CRUMBAUGH, Justin, *Destination Dictatorship*, Albany, State University of New York, 2009.
- DE PABLO, Santiago, «Universidad y sociedad en la España de 1967: el contexto histórico de una homilía», *Scripta Theologica*, 49, 2017, 471-492.
- DELLA PORTA, Donatella, *Il terrorismo di sinistra*, Bologna, Il Mulino, 1990.
- DÉNIZ, Francisco, *La protesta estudiantil*, Madrid, Tallas, 1999.
- DOMÈNECH, Xavier, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político*, Madrid, Catarata, 2008.
- , *Cambio político y movimiento obrero durante el franquismo*, Barcelona, Icaria, 2012.
- FIGUERAS, Arnau, *Història de la FNEC*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2005.
- FANÉS, Félix, *La vaga de tramvies del 1951*, Barcelona, Laia, 1977.
- FINK, Carol, GASSERT, Philip y JUNKER, Detlef (eds.), *1968. The World Transformed*, Londres, Cambridge UP, 1998.
- GARCÍA ALCALÁ, Julio Antonio, *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA)*, Madrid, CEPC, 2001.
- GÓMEZ OLIVER, Miguel, «El Movimiento Estudiantil español durante el Franquismo (1965-1975)», *Revista Crítica de Ciências Sociais*, 81, 2008, pp. 93-110.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, «Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles (1865-1968)», *Ayer*, 59, 2005, pp. 21-49.
- , *Rebelión en las aulas*, Madrid, Alianza, 2009.
- GURRIARÁN, Ricardo, *Inmunda escoria*, Vigo, Xerais, 2010.
- HERMET, Guy, *Los comunistas en España*, Ruedo Ibérico, París, 1972.
- HERNÁNDEZ SANDIOCA, Elena, *Estudiantes en la universidad española (1956-1976): cambio generacional y movilización antifranquista* en GONZÁLEZ MADRID, Damián (coord.), *El franquismo y la transición en España*, Madrid, Catarata, 2008.
- HERNÁNDEZ SANDIOCA, Elena, RUIZ CARNICER, Miguel Ángel y BALDÓ, Marc, *Estudiantes contra Franco (1939-1975)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.
- JÁUREGUI, Gurutz, «ETA: Orígenes y evolución ideológica y política» en ELORZA, Antonio (coord.), *Historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2006 (2000).
- JUNES, Tom, *Student Politics in Communist Poland*, Londres, Lexington, 2015.
- KLIMKE, Martin, *The Other Alliance*, Princeton, Princeton UP, 2010.
- KLIMKE, Martin y SCHARLOTH, Joachim (eds.), *1968 in Europe*, Nueva York, Palgrave, 2008.
- KLIMKE, Martin, PEKELDER, Jacco, y SCHARLOTH, Joachim, (eds.), *Between Prague Spring and French May*, Nueva York, Berghahn, 2011.
- KORNETIS, Kostis, «Spain and Greece» en KLIMKE, Martin y SCHARLOTH, Joachim (eds.), *1968 in Europe*, Nueva York, Palgrave, 2008, pp. 253-266.
- , *Children of the Dictatorship*, Nueva York, Berghahn, 2013.
- , «'Let's get laid because it's the end of the world!': sexuality, gender and the Spanish Left in late Francoism and the *Transición*», *European Review of History*, 22, 2015, pp. 176-198.
- KURLANSKY, Mark, *1968: The Year That Rocked the World*, Nueva York, Ballantine, 2004.
- LAIZ, Consuelo, *La lucha final*, Madrid, Catarata, 1995.
- LANGLAND, Victoria, *Speaking of Flowers*, Durham, Duke UP, 2013.
- LARAÑA, Enrique, «Continuidad y unidad en las nuevas formas de acción colectiva. Un análisis comparado de movimientos estudiantiles» en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*, Madrid, CIS, 1994, pp. 253-285.
- , «Los nuevos movimientos sociales y la transición a la democracia en España», *Claves de la Razón Práctica*, 68, 1996, pp. 48-53.
- , *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza, 1999.
- LIZCANO, Pablo, *La generación del 56*, Barcelona, Grijalbo, 2006 (1981).
- LOBATO, Luis Alfredo, *Dos décadas del movimiento cultural y universitario en Asturias (1957-1979)*, Oviedo, Trea, 1998.
- LÓPEZ PINA, Antonio (ed.), *La generación del 56*, Madrid, Marcial Pons, 2010.

- MARÍN, Pablo, *Islas de libertad*, TFM, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2014.
- MARTÍN RAMOS, José Luis, «Del blau al roig: el camí de la revolta», *L'Avenç*, 170, 1993, pp. 30-35.
- MARTÍNEZ FORONDA, Alfonso (coord.), *La cara al viento*, Granada, FES-Páramo, 2012, 2 vols.
- MARWICK, Arthur, *The Sixties*, Oxford, Oxford UP, 1998.
- MATEOS, Abdón, «La Agrupación Socialista Universitaria, 1956-1962» en CARRERAS, Juan José, RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (eds.), *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, IFC, 1991, pp. 542-550.
- MCDUGALL, Alan, *Youth Politics in East Germany*, Oxford, Clarendon Press, 2004.
- MCMILLIAN, John y BUHLE, Paul (eds.), *The New Left Revisited*, Philadelphia, Temple UP, 2003.
- MONTERO, Feliciano (coord.), *Juventud Estudiantil Católica, 1947-1997*, Madrid, JEC, 1998.
- MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986.
- NATSI, James, *Learning to Revolt*, Lanham, University Press of America, 2002.
- NICOLÁS, Encarna y ALTED, Alicia, *Disidencias en el franquismo (1939-1975)*, Diego Marín, Murcia, 1999.
- NIETO, Felipe, *La aventura comunista de Jorge Semprún*, Barcelona, Tusquets, 2014.
- PACK, Sasha, *Tourism and Dictatorship*, Nueva York, Macmillan, 2009.
- PALOMARES, Jesús, «El movimiento estudiantil universitario de Valladolid en el último decenio del franquismo» en AXEITOS et al., *A patria enteira*, Compostela, USC, 2008, pp. 259-276.
- PASTOR, Jaime, «La evolución de los nuevos movimientos sociales en el Estado español» en IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (ed.), *Los movimientos sociales*, Madrid, Trotta, 1998, pp. 69-87.
- PENSADO, Jaime, *Rebel Mexico*, Stanford, Stanford UP, 2013.
- PÉREZ DELGADO, Tomás, «Control e intervencionismo» en RODRÍGUEZ SAN PEDRO, Luis (coord.), *Historia de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001, Vol. I, pp. 313-332.
- RICHARDS, Michael, «Falange, Autarky and Crisis: The Barcelona General Strike of 1951», *European History Quarterly*, 29, 1999, pp. 543-585.
- RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, «Estratègies d'oposició i moviment estudiantil antifranquista: una reflexió des del cas valencià», *Recerques*, 44, 2002, pp. 139-172.
- , «Compañeras: la militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista», *Historia del Presente* 4 (2004), pp. 123-146.
- , «Los estudiantes y el cambio sociocultural de los 60» en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio (ed.), *Eppure si muove*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 169-188.
- , *Zonas de libertad*, Valencia, PUV, 2009a, 2 vols.
- , «Partido Comunista y movimiento estudiantil durante el franquismo» en BUENO, Manuel, GÁLVEZ, Diego (eds.), *Nosotros los comunistas*, Madrid, FIM, 2009b, pp. 285-307.
- , «El largo viaje a través del falangismo: Primera Línea del SEU y disidencia interna en los años cincuenta», *Spagna Contemporanea*, 37, 2010a, pp. 99-116.
- , «Nuevos estudios sobre el movimiento estudiantil antifranquista», *Ayer*, 77, 2010b, 263-278.
- , «Surveillance and Student Dissent: the Case of the Franco Dictatorship», *Surveillance & Society*, 12: 4 (2014), pp. 528-546.
- , «The Anti-Franco Student Movement's Contribution to the Return of Democracy in Spain», *Espacio, Tiempo y Educación*, 2, (2), 2015, pp. 77-106.
- RUBIO MAYORAL, Juan Luis, *Disciplina y rebeldía*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005.
- RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976.
- SÁNCHEZ RECIO, Glicerio (ed.), *Eppure si muove*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.
- SAZ, Ismael, *España contra España*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- SCHILDT, Axel y SIEGFRIED, Detlef (eds.), *Between Marx and Coca-Cola*, Nueva York, Berghahn, 2006.
- SEVILLANO CALERO, Francisco, *Franco. Caudillo por la Gracia de Dios, 1936-1947*, Madrid, Alianza, 2010.
- SOUTO, Sandra, *Paso a la juventud*, Valencia, Universitat de València, 2013.
- SURI, Jeremi, *Power and Protest*, Harvard, Cambridge UP, 2003.
- THOMAS, Frank, *The conquest of Cool*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.
- TOWSON, Nigel (ed.), *Spain Transformed*, Madrid, Siglo XXI, 2009.
- TREGLIA, Emanuele, *Fuera de las catacumbas*, Madrid, Eneida, 2012.
- VALDELVIRA, Gregorio, *La oposición estudiantil al franquismo*, Madrid, Síntesis, 2006.
- VARGAS, Óscar (ed.), *Movimientos universitarios. América Latina siglo XX*, Bogotá, Rudecolombia, 2005.
- VARON, Jeremy, *Bringing the War Home*, Berkeley, University of California Press, 2004.
- VEGA, Rubén (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Trea, Gijón, 2002.

- VERGNOLLE, Michelle, *La palabra en silencio*, Valencia, PUV, 2008.
- WEISS, Meredith y ASPINALL, Edward (eds.), *Student Activism in Asia*, Minneapolis, UMP, 2012.
- WILLIAMS, Kieran, *The Prague Spring and its aftermath*, Cambridge, Cambridge UP, 2003.
- YNFANTE, Jesús, *La prodigiosa aventura del Opus Dei*, París Ruedo Ibérico, 1970.
- YSÁS, Pere, *Disidencia y subversión*, Madrid, Crítica, 2004.
- ZARAGOZA, Luis, *Radio Pirenaica*, Madrid, Marcial Pons, 2008.